

# Así suena la magia de Lisboa

Pablo Espinosa

Abrimos el libro. Inicia así:

*Sostiene Pereira que le conoció un día de verano. Una magnífica jornada veraniega, soleada y aireada, y Lisboa resplandecía.*

Es el arranque de la novela *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi.

Levantamos la vista desde la página del libro hacia el horizonte que tenemos enfrente: la magia de Lisboa.

Está tan cerca del cielo esta ciudad que cualquier cosa puede suceder. Por ejemplo: el contacto con las vírgenes, zarpar hacia la nada, escuchar a lisboetas contar sus historias íntimas a voz alzada, *sotto voce*, a golpe de suaves sonrisas.

Abierta de tajo entre dos montañas, Lisboa es un valle de luz.

Luz, más luz.

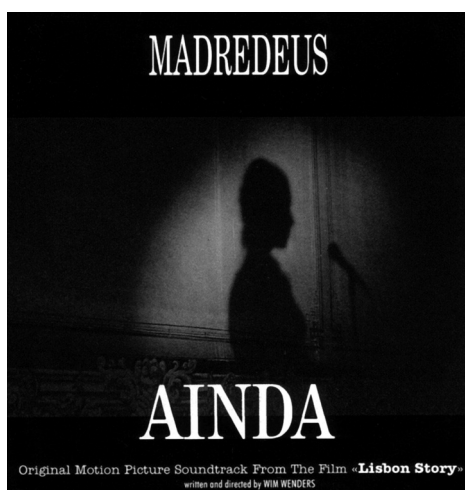
Es allí donde algún día António Lobo Antunes vio el vislumbre de los árboles del cementerio en un estremecimiento de sus paredes, no movidas por el reflejo del agua del Tajo. Lo que observó, dice, fueron ángeles de piedra caliza que sollozan.

Río Tajo: ese gran contador de historias.

Desde su ribera izquierda zarparon los grandes navegantes cuando Portugal era una potencia en el mundo viejo. Vasco da Gama, Bartolomeu Dias, entre otros grandes aventureros, siguieron la fascinación pionera de Enrique El Navegante, hijo de Juan Primero de Portugal y Felipa de Lancaster, hermana de Enrique IV de Inglaterra.

Navegaciones: zarpar hacia la nada para encontrar el nuevo todo. Desde el resplandor tembloroso del Tajo, embarcarse a la aventura.

La embarcación ahora surge de sus calles. Corre el año 1985 y en el Teatro Ibérico, plantado sobre la Rua de Xabregas, a un costado del Convento de la Madre de Dios, un puñado de jóvenes nacidos del rock y la



protesta y la inquietud por una sociedad mejor realizan ensayos en hemiciclo de una joven de diecisiete años de edad cuyo canto se eleva como bruma fresca, diríase nacida como otro milagro del Tajo.

Esa escena fundacional sería después documentada por el melómano viajero Wim Wenders, en su filme *Historia de Lisboa*: en el alto contraste de la luz con su sombra, cuerdas de guitarras se entrelazan con las cuerdas vocales y hacen llorar de felicidad a los arcángeles que deambulan por esa calle de Lisboa.

Si uno camina por los callejones de Alfama, descendiendo a planicies, vuelve a ascender sobre los tejados rojos, encontrará a un personaje muy delgado, de lentes redondos y sombrero negro como su atuendo todo, que platica con los gatos que deambulan, como él, angelizados. Es Fernando Pessoa, no cabe duda, exclama el transeúnte alelado, poseído por el espíritu de la poesía.

El canto traspasa paredes como los pasos acompañan las baldosas, descalzas. Como la Rua dos Baldaques que a los ojos de António Lobo Antunes parece cojear, con una acera al sol y otra a la sombra y le re-

cuerda a esas criaturas renegas que caminan con zapatos diferentes.

El sol y la sombra, la solombra del exterior se reproduce al interior de este recinto donde la luz es la voz.

La cámara se acerca, se aleja, penetra, baja la vista, abre más los ojos y el escucha, el espectador, deja de ser mero *voyeur* para convertirse en navegante: viaje próspero, mar en calma: la nave que era baldosa es ahora butaca.

Madredeus inicia el viaje hacia la nada. Lo que hallará conformará pronto el todo.

Durante un cuarto de siglo, la música de estos jóvenes talentosos e idealistas modificó la manera de ser del mundo de la misma manera que la llegada a tierra antes ignota de Vasco da Gama cambió para siempre la faz del planeta.

Desde entonces, Lisboa tiene una nueva manera de sonar.

El mundo escucha la música de Madredeus y la asocia de inmediato con Lisboa. La noción vaga del fado, la confusión que reina respecto de la música urbana de Lisboa, tiene en Madredeus en cambio la claridad de su luz matinal: la música de Madredeus no es el fado. Es, por mucho, la música contemporánea de Lisboa.

Viaje interior por excelencia, la música de Madredeus.

Es ahora la luz de Estocolmo la que baña la mañana del 8 de diciembre de 1998: la voz y la música que suenan en los altavoces son las de Teresa Salgueiro con el grupo Madredeus, y se confunde con salvas, gritos de júbilo y aplausos que reciben a José Saramago, quien responde con abrazos y besos conmovidos lanzados al vuelo en el aire con la misma suavidad con la que afuera flotan también, interminables, minúsculas pero grandiosas plumas de nieve.

“Hablamos con palabras y con pausas”, dice Saramago ante un público embelesado horas antes de recibir el Premio Nobel de Literatura.

“Es tal la riqueza expresiva de la voz humana”, argumenta como si tratara de explicarnos el enorme misterio del encanto de la voz de Madredeus, música que ha dejado de sonar en los altavoces pero sigue flotando en el ambiente, “es tal esa riqueza de la voz humana”, agrega José Saramago, “que no puede ser traducida con signos de puntuación”.

Signos de puntuación, pausas de las que prescindir, al igual que lo hace Saramago, ese otro lisboeta merecedor perpetuo del Premio Nobel de Literatura, António Lobo Antunes, que inició su carrera literaria de manera instantánea, en uno de esos raptos que solamente suceden en la ciudad de Lisboa, una mañana cuando viajaba en tranvía y a la altura de Calhariz, narra, “me cegó una evidencia sorprendente: voy a ser escritor. Tenía doce años”.

Otra mañana, años después, la saramagia hizo recordar a Saramago que cuando tenía veinticinco años de edad no estaba seguro de que en ese instante empezaba una carrera de escritor, pues su pluma se balanceaba en una barca cuyos tumbos iban de babor, el afán de contar historias, a estribor, la necesidad de guardar silencio.

“El silencio”, explica José esa mañana nevada en Estocolmo, “no es precisamente el estar callado, sino otro silencio. Es saber si es el momento de contar historias o guardar silencio, de la misma manera que la voz, nuestro lenguaje, la música, están fabricados de silencios y de pausas. Y sonidos, por supuesto”.

Las pausas se expanden en el silencio que es la sombra y la luz que es la música, la voz, cuando los jóvenes fundadores del grupo Madredeus forman con ese cúmulo de notas una especie de neblina, una bruma improbable que nació en el Tajo y se metió a través de las paredes hasta estallar en nubes que sostienen, casi invisibles, el vaivén angelizado de la voz.

La barca del tiempo surca y llega ahora a la Ciudad de México, años noventa del siglo XX, cuando Madredeus debuta en este país cuya magia rebota los orígenes mágicos lisboetas y Teresa Salgueiro me cuenta

su historia: “Mi madre”, dice, “me cantaba siempre cuando niña y desde entonces el canto se convirtió en mi pasión más grande. Una buena mañana en Lisboa hice con otras aspirantes la prueba para ser cantante de Madredeus y como las tres canciones en que consistía el examen me resultaron muy familiares, muy próximas a mi persona, a mis emociones verdaderas, me convertí en la voz de Madredeus. Desde entonces”, explica Teresa, “esa música está en el pensamiento de las personas, en sus emociones verdaderas, en su luz interior”.

Desde aquella primera visita a México dejaron todos en claro que la música de Madredeus no es fado: “yo cantaba fado *a capella* y muy ocasionalmente con guitarra pero era ya un tipo especial de fado. Mi amor por la música viene de otras fuentes, distintas al fado. Viene de la infancia con el canto de mi madre acompañándome. Porque el fado siempre me ha parecido una música demasiado fuerte, que involucra emociones duras”.

Suena ahora en los altavoces *Existir*, el primer disco grabado en estudio: sobre un tapete sonoro en *ostinato*: la voz de Francisco Ribeiro hace dúo con la voz de Teresa Salgueiro. En su momento, al referirse a esta pieza del primer Madredeus, hubo quienes remitieron al alto contraste que plantean Brendan Perry con Lisa Gerrard en *Dead Can Dance*, pero lo de Madredeus es otra cosa: se trata de un navío que atraviesa las paredes. Su estilo estriba en trasvasar el Tajo entero, detener por una fracción de segundo su caudal, para depositarlo sobre las calles y callejones y tranvías de Lisboa y así poner en sonidos y silencios un emblema del espíritu que responde al nombre mágico y sonoro de Lisboa.

El segundo corte de este disco, *Existir*, es a su vez uno de los emblemas de Madredeus: *O Pastor*, donde ya aparece ahora sí como voz solista la de Teresa Salgueiro: un encantamiento que se desliza sobre los rieles curvilíneos de los tranvías, se pierde en los meandros, pleamares y bajamares de los callejones y emerge flotando sobre el Tajo, ora a contracorriente, ora por doquier.

*Existir* es el punto exacto de transición y despegue, embarcamiento, de Madredeus por el mundo moderno. La grabación anterior, *Os dias de Madredeus*, es un concier-

to en vivo resultado del material con el que nació este grupo, la manera como germinó esta idea tan pródiga de Pedro Ayres Magalhães con su amigo Rodrigo Leão, ambos provenientes de grupos de rock con temática social y propuestas sonoras muy aventuradas.

La conformación original de Madredeus se quedó en el tiempo. La combinación instrumental era exquisita: violonchelo, acordeón que suena como en ninguna otra música que usa este instrumento que suena: a magia, guitarras, además de teclado y la voz de Teresa también utilizada como lo que es: un instrumento musical.

Lo que pusieron en marcha Ayres y Leão fue un formato de música de cámara muy peculiar, que abrevaba de distintas fuentes, de entre ellas la principal sin ninguna duda es el Tajo mismo, que es el espíritu de Lisboa, más que Lisboa misma, de acuerdo con la convicción que me ha confiado en distintas ocasiones mi querido amigo Pedro Ayres Magalhães: “el Tajo es el espíritu del tiempo, el espíritu de la ciudad, el espíritu de las personas, a él debemos la magia, la creatividad, la misma existencia”, repite Pedro con su aire de caballero romántico, héroe de capa y espada, personaje de novela: un ser atemporal, un verdadero genio musical y una persona tan culta como amable.

Narra Pedro la historia de la pequeña embarcación que edificó y con el tiempo ha devenido buque descomunal, trasatlántico, madre nutricia: “la idea era construir una idea. Yo estaba joven, tenía muchos años de trabajar en la música y quería seguir siendo músico pero no estaba contento con lo que avizoraba en el futuro. Quería intentar, en consecuencia, hacer música popular en portugués, ya que la tendencia consistía en concentrarse en los instrumentos eléctricos y un estereotipo de actitudes ligadas a la música eléctrica, cosa de la que no me interesaba formar parte”.

En los primeros intentos, Pedro Ayres escribió muchas canciones para los varios conjuntos electrificados que dirigió, cantadas en portugués, “pero la batería y las guitarras eléctricas hacían tanto ruido que nadie comprendía lo que estábamos cantando”.

La manera como en su país resolvió Pedro la disyuntiva que aquejó a muchas otras culturas: si cantar rock en inglés o en su



Teresa Salgueiro en México

propio idioma, lo resolvió desconectándose: “quitamos la percusión. Toquemos acústico. Entendamos y definamos nuestro propio idioma en música”.

De manera que para construir esa idea creó un *atelier* con jóvenes “para que pudiéramos crecer en nuestras capacidades”.

Fue entonces cuando el Tajo le trajo a Pedro la nostalgia por su guitarra, esa muchacha caderona que había dejado en un rincón al terminar sus estudios de guitarrista de concierto en el Conservatorio “porque las perspectivas para un guitarrista clásico son el concertismo, cosa que logran apenas unos cuantos, o dar clases”.

Y fue así como nacieron más muchachas dentro de Madredeus: “introduje lo que hoy me gusta llamar nuestra artesanía guitarrística que es, junto a la voz de Teresa y las canciones sencillas, el sello distintivo, la esencia de Madredeus”.

Lo fundamental para llegar a esa esencia, fundamenta Pedro Ayres, “fue nuestra actitud, una idea inicial que mantenemos y que consiste en buscar que la música tenga un papel social determinante. El grupo creció con esas preocupaciones estéticas, aunque por supuesto que han cambiado muchas cosas. Para empezar, nuestro público estaba constituido por nuestros amigos, por críticos de música, literatos, gente que iba a escucharnos por gusto y convicción al barrio de Madredeus. Todo fue tan así que grabamos en dos días lo que fue a la

postre nuestro primer disco, *Existir*. Éramos un grupo que al ser profesional no lo era en el sentido que lo dicta la industria de la música”.

Era así que el grupo funcionaba como tal unos diez días al año, “que era cuando nos juntábamos por gusto, y era cuando teníamos canciones por hacer y mostrárselas a quienes se identificaban con ellas. En 1987, Madredeus era tan sólo un libelo poético, una idea de repertorio que tuvo su confirmación en una gira por Portugal, en 1991, que fue además la primera gira después de la revolución [de los claveles] hecha con un mismo grupo, un mismo repertorio, el mismo cuerpo de técnicos en un mismo periodo y con todas las salas llenas. Y eso nos obligó a tocar mejor, componer más y viajar más”.

La nave crece. Y va.

Efectivamente, me confirma Pedro Ayres, Madredeus surgió, nadó, remó a contracorriente. Nació como una balsa/salmón: “no sonábamos en la radio, ni en los estudios de televisión porque la nuestra ni es una música de *singles* ni nuestros conciertos son para hacer *playback*”.

En la plaza Garibaldi, frente al furor de los mariachis, Pedro siente nostalgia por el pequeño navío original: “Miren”, les dice a sus compañeros: “¿se acuerdan? Cuando iniciamos Madredeus yo les decía: “Todos debemos caber, con todo e instrumentos, en un solo coche, en una mariachera”, como llaman a esos coches que tienen los mariachis de Garibaldi y con los que viajan en las noches para dar sus serenatas. “¡Una mariachera! ¿Qué más? Lo demás es viaje!”, exclama Pedro Ayres Magalhães a todo pulmón, en medio del griterío, el trompetero, los sombreros y los efluvios de la plaza Garibaldi, durante una noche en la Ciudad de México.

“En aquel entonces todo era diferente”, recuerda Pedro. “Ahora está montada toda una red mundial de productores y conciertos. Nosotros hacíamos al principio, en cambio, nuestras giras por Francia en circuitos culturales montados en mariachera. Era mucho y rudo trabajo. Y entonces el éxito nos quitó una vida. Empezaron las discusiones entre el grupo acerca de empresarios, contratos, viajes. Rodrigo Leão [cofundador, con Pedro, de Madredeus] ya

estaba harto de todo eso y decidió irse de Madredeus en 1994, porque quería estar en casa. Y nosotros seguimos en las discusiones y en medio de las sesiones de grabación de *O espírito da paz* y *Ainda*, discos que me gustan especialmente, y de firmar contrato con Wim Wenders. Y con Rodrigo se fue su amigo, Gabriel Gomes, y para sustituirlo invitamos a Carlos Maria Trindade, que había estado conmigo en el grupo de rock Los Héroes del Mal”.

“¿Bautizaste así a tu grupo, Los Héroes del Mal, como homenaje a Baudelaire?”.

“No es por Baudelaire”, sonríe Ayres, “es que así reza la primera frase de nuestro himno nacional”.

“¿Era entonces ironía?”.

“Era poesía”.

“Lo que siguió, una vez definida la transición de un grupo camerístico, fue seguir haciendo barcos”, me dice Pedro, constructor de navíos. Para ese entonces, el grupo ya era dueño y gestor de una música instrumental de ensueño, y mudó a quedarse como un ensamble de cuerdas: las de la guitarra y las cuerdas vocales de Teresa Salgueiro.

“Mi obligación se definió entonces marítima: hacer nuevos barcos. Madredeus es como un barco-taller que construyó en su momento un sistema muy curioso de hacer música porque nos presentábamos en salas de rock de todos los países, en templos, en teatros, en jornadas musicales que transcurrían de la misma manera como lo hacían las antiguas compañías de teatro: preparar una obra, en nuestro caso un concierto, y volver al viaje”.

Tiene claridad Magalhães: “Mi mayor ambición era construir un barco. Cuando hacíamos canciones nuevas, arreglos nuevos, nos manteníamos con el pensamiento de una música que resultara traducible, para construir un repertorio que siendo portugués pudiera ser comprendido por otras culturas. Un esquema de trabajo en ciclos y un miedo enorme de en un momento dado no poder cumplir el ciclo: escribir un concierto para presentarlo en vivo durante un par de años y retornar a casa a escribir otro concierto”.

“¿Y qué sucede en cuanto terminas de construir un barco?”.

“Una vez consumada esa ambición, el viaje es la ilusión interna del grupo entero”.

El 28 de noviembre de 2007, Teresa Salgueiro anuncia: desembarca de Madredeus para seguir una carrera solista. La presión ante los compromisos por cumplir y el cúmulo de ofertas para la solista terminó por definir la terminación del grupo como lo había conocido el planeta entero y que en dos décadas vendió más de tres millones de discos. La decisión, tomada en diálogo con Pedro Ayres Magalhães, quien lo hizo en representación del resto del grupo, dio fin también a especulaciones mil, rumores que se habían acallado con un año sabático que tomaron todos, para dar salida a la olla exprés.

Mientras tanto, inmutables y al mismo tiempo inquietas, siguen las aguas del Tajo corriendo, recorriendo palmo a palmo las historias de Lisboa.

El 2 de abril de 2012, Madredeus publica *Essência*, disco antológico para conmemorar los 25 años que cumple Madredeus. La joven Beatriz Nunes, de 23 años de edad, lleva ahora la voz cantante y la instrumentación se ha mudado también a dos violines y violonchelo que se suman al sintetizador y las guitarras.

El 13 de diciembre de 2012, Teresa Salgueiro, ya sustituida por otra voz en Ma-

dredeus, presenta en el patio del Museo Frida Kahlo en la Ciudad de México *O Mistério*, su primer disco como solista y como autora de la letra de todas las canciones así como de la música con su propia agrupación, luego de varios otros discos solistas en colaboración con varios creadores, entre ellos Zbigniew Preisner, conocido por ser autor de la música para la trilogía eminente de Krzysztof Kieślowski.

A la mañana siguiente, en el jardín de Discos Corasón, empresa cultural que distribuye ese disco en México, Teresa Salgueiro me cuenta la nueva historia:

“Los veinte años que estuve en Madredeus me dieron la posibilidad de encontrar caminos diferentes en términos vocales porque la variedad del repertorio que hicimos en ese grupo me pedía una aproximación vocal muy diversa de tema a tema y en términos de estilo, además de que mi voz se ha desarrollado y he aprendido mucho en mi gran escuela de canto que es el palco escénico: las canciones que he cantado durante toda mi vida”.

Explica: “Estamos en este mundo para ser felices, para completar nuestra dimensión espiritual. Somos más que carne, más que materia que está operando en este pla-

no. La prueba es el poder inmenso que tiene la mente, que nos puede poner en el centro de nuestro ser. La vida es mucho más de lo que podemos mensurar, por eso es menester mostrar respeto por todo lo que tenemos cerca, empezando por nosotros mismos. Yo quiero una sociedad más justa, donde no exista el hambre, donde haya una justa repartición de los recursos y donde no gobierne la ganancia, por la cual el mundo está hoy día en crisis. La guerra por la ganancia ha creado un mundo virtual y en crisis. Y frente a eso tenemos la poesía y tenemos la música, que nos ponen en contacto con la realidad que no es tangible pero que es real”.

Por eso el nuevo disco de Teresa Salgueiro, *O Mistério*, es una auténtica obra maestra.

Levantamos nuevamente la mirada: aves forman figuras por encima de un navío que atraviesa el Tajo. Siguen corriendo las aguas. Volvemos al libro de Antonio Tabucchi y como el río Tajo ha desencadenado a Cronos, cambiamos libremente la fecha en el momento de leer:

Era el mes de febrero de 2013... y *Lisboa refulgia en el azul de la brisa atlántica, sostiene Pereira...*

Suena por siempre la magia de la ciudad de Lisboa. Refulge. **U**



Beatriz Nunes, de 23 años, voz cantante de Madredeus